



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Fourth Sunday of Zemene Fasika (*Paschal Season*)

Liturgical Readings:

Rom. 4:14- end; Rev. 20:1 – end; Acts 10:39-44

Psalm 78:29;

John 21:1-15

The Anaphora of Saint Dioscorus

«Cristo ha resucitado de entre los muertos,
pisoteando la muerte con la muerte,
con gran poder y autoridad divina.
Ha atado a Satanás con cadenas,
y a los que están en los sepulcros les ha dado la vida;
a Adán ha liberado,
y de ahora en adelante reinarán la alegría y la paz por los siglos de los siglos.»

The Holy Pascha (Fasika)

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados hijos de la Santísima Trinidad, redimidos por la preciosa Sangre de Cristo y reunidos en la alegría de la Resurrección, hoy nos encontramos ante el luminoso misterio de la **Fasika**, la santa Pascua de nuestro Señor. Esta es la fiesta de las fiestas y la solemnidad de las solemnidades, el día en que la muerte fue vencida por la muerte y la vida surgió para el mundo.

Para comprender plenamente la gloria de este santo día, debemos volver a las antiguas páginas de la Sagrada Escritura, donde la divina sabiduría ya había preparado su sombra mucho antes del cumplimiento de los tiempos.

En el libro del Éxodo, el Señor ordenó a Israel que guardara en memoria la noche de la liberación:

“Este día será para vosotros un memorial, y lo celebraréis como fiesta al Señor, de generación en generación.” (Éxodo 12:14)

El pueblo debía tomar un cordero sin defecto, inmolarlo y marcar con su sangre los dinteles de las puertas. Cuando el ángel del juicio pasó por Egipto, vio la sangre y **pasó de largo** por las casas de los fieles.

Así nació **Pésaj**, la Pascua — el gran paso de la esclavitud a la libertad.

Comieron el cordero con **pan sin levadura**, el pan de la prisa, dejando atrás la levadura de Egipto. Como Moisés ordenó también en Deuteronomio:

“Observa el mes de Abib y celebra la Pascua al Señor tu Dios.” (Deuteronomio 16:1)

El pueblo debía recordar que su salvación no venía de su propia fuerza, sino de la poderosa mano de Dios.

Pero, amados, la Antigua Alianza era solo una sombra que anunciaba un misterio mayor.

El cordero inmolido en Egipto era solo una figura del Cordero que había de venir. El pan sin levadura apuntaba a una ofrenda más pura. Incluso el Mar Rojo prefiguraba un paso aún mayor — del pecado a la justicia, de la muerte a la vida.

El santo Apóstol Pablo proclama claramente este misterio:

“Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado por nosotros.” (1 Corintios 5:7)

Y el Apóstol Pedro declara:

“Habéis sido rescatados... no con cosas corruptibles, como plata o oro, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha.” (1 Pedro 1:18–19)

Así, la Pascua de Moisés encuentra su cumplimiento en la Pascua de Cristo.

Cuando llegó la hora establecida, nuestro Señor Jesucristo reunió a sus discípulos en el cenáculo. El Evangelio según San Lucas relata sus palabras llenas de deseo:

“He deseado con ardor comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.” (Lucas 22:15)

No era una comida común. El antiguo rito iba a ser transformado en la alianza eterna. El Cordero que había sido anunciado durante siglos estaba ahora presente en medio de ellos.

Y, sin embargo, el mundo no lo reconoció.

Delante del gobernador romano Poncio Pilato estaba la propia Verdad. Pilato hizo la pregunta que aún resuena a través de los siglos: **“¿Qué es la verdad?”** (Juan 18:38)

Aunque no halló culpa alguna en Él, la multitud clamó por Barrabás y eligió a un rebelde en lugar del Príncipe de la Paz.

Así, el Inocente fue condenado. El Cordero de Dios fue llevado a la Cruz.

Pero, amados, esto no fue derrota. Fue el cumplimiento de la promesa divina.

El Apóstol Pablo enseña en la Carta a los Romanos que la promesa no viene solo por la Ley, sino por la fe — la fe de Abraham, que creyó en Dios y le fue contada como justicia (Romanos 4:13–25). Así también nosotros creemos en Aquel **“que resucitó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor, quien fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.”**

En el Gólgota el Cordero fue inmolado. La Sangre fue derramada — ya no sobre los dinteles de las casas, sino sobre la madera de la Cruz. Y esta Sangre marca ahora los corazones de todos los que creen.

Pero la tumba no pudo retener al Autor de la vida.

El Apóstol Pedro proclama con audacia en los Hechos de los Apóstoles:

“Lo mataron colgándolo en un madero; pero Dios lo resucitó al tercer día y permitió que se manifestara.” (Hechos 10:39–40)

Y mientras Pedro hablaba, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban la palabra, revelando que la salvación de la Pascua no era solo para Israel, sino para todas las naciones.

En la visión del Apocalipsis de San Juan vemos la imagen cósmica de esta victoria: la antigua serpiente es encadenada y derribada (Apocalipsis 20). La tiranía de la muerte es quebrada y el reino de Cristo está establecido para siempre.

Nuestro Señor descendió incluso a las profundidades del Sheol, rompió las puertas de bronce y condujo a Adán y a los justos que aguardaban la promesa. Los cautivos fueron liberados y las tinieblas fueron atravesadas por la luz divina.

Así, la Pascua no es solo memoria — es **liberación**.

El Evangelio según San Juan relata que después de la Resurrección, los discípulos regresaron al mar de Tiberíades. Trabajaron toda la noche sin pescar nada. Pero al amanecer, una voz conocida les habló desde la orilla:

“Echad la red a la derecha de la barca.”

Cuando obedecieron, la red se llenó abundantemente.

Y en la orilla estaba el Cristo resucitado.

Allí les preparó pan y pescado, y restauró a Pedro con palabras de misericordia:

“Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas.” (Juan 21:15–17)

El pastor que antes había negado a su Señor fue ahora encargado de cuidar del rebaño.

Así, la Iglesia fue fortalecida y el ministerio apostólico confirmado.

Amados, este es el misterio que celebramos hoy.

En la Antigua Alianza, los israelitas comieron y quedaron saciados, como dice el salmista:

“Comieron y se saciaron plenamente.” (Salmo 78:29)

Pero el alimento del desierto era solo una sombra.

Hoy recibimos el verdadero alimento celestial — el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nuestra Pascua eterna.

En la santa tradición de la **Iglesia Ortodoxa Etiópe Tewahedo**, transmitida por los santos Padres y adornada por los himnos de San Yared, la Iglesia estalla en cantos de victoria:

**“¡Este día de Pascua es santo!
Regocijémonos en él!
El cielo y la tierra exultan,
porque la Pascua es el memorial de la Resurrección de nuestro Salvador.”**

Y proclamamos aún:

**“El Rey del mundo, la Resurrección de los muertos,
Cristo ha resucitado al tercer día!
En el sábado cristiano ha resucitado del sepulcro.”**

Y con alegría cantamos:

**“Celebremos la santa Pascua con júbilo,
porque el veneno de la muerte ha sido destruido,
el yugo del pecado ha sido quebrado;
el Señor del sábado ha roto las puertas de hierro del Sheol.”**

Amados, hoy nosotros también pasamos más allá.

De la desesperanza a la esperanza.

De las tinieblas a la luz.

De la muerte a la vida.

Como Israel pasó por el Mar Rojo, así nosotros pasamos por las aguas del bautismo. Como la sangre del cordero marcaba las casas de los fieles, así la Sangre de Cristo marca los corazones de su pueblo.

Rechacemos, pues, la levadura del pecado y caminemos en la nueva vida de la Resurrección. Celebremos la fiesta no con la vieja levadura de malicia y perversidad, sino con los panes sin levadura de la sinceridad y la verdad.

Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado.

Cristo, nuestra Pascua, ha resucitado.

Cristo, nuestra Pascua, reina eternamente.

Por esto, junto con los ángeles, los apóstoles, los mártires y todos los santos, y con las sagradas melodías de San Yared, proclamamos con una sola voz:

**¡Cristo ha resucitado de entre los muertos!
Por su muerte venció a la muerte
y a los que estaban en los sepulcros
les dio la vida.**

Gloria a Dios Padre,

y al Hijo,

y al Espíritu Santo,

ahora y siempre

y por los siglos de los siglos.

Amén.